

escaso valer: más que ramillete, es un puñado de plantas cogidas y atadas sin orden ni concierto y arrojadas á los pies del Señor, que tanto se paga del orden y de la armonía en nuestra vida.

La intemperancia y el desorden conducen fatalmente á la rutina. La atención desmaya, la reflexión se evapora en la multiplicación y mal arreglo de los actos externos; de ahí el farisaísmo que ora mucho, pero convierte la oración en mecánico movimiento de los labios; farisaísmo de que se lamentaba el Señor, cuando decía «Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de mí.» (1) Encuéntrase hoy muchos fariseos, decía un ilustre místico medioeval, hermano nuestro en Santo Domingo, Juan Taulero; entienden en obras exteriores que revisten visos de piedad, y desconocen el culto interno..... llevan á cabo proyectos grandes en apariencia, visitan todos los lugares en busca de indulgencias, golpean su pecho, se extasían ante bellas imágenes, híncanse de rodillas, pasean por todas partes, y, con todo, nada de eso es acepto al Señor (2). Y en un sermón de Epifanía.—«Los hay tan locos, y se preocupan de tal manera de sus necias fórmulas y ejercicios, que Dios mismo se ve en la triste precisión de oírlos hasta el fin» (3) ¡Qué bien retrata á la falsa devoción, anegada en actos exteriores, y condenada por su intemperancia y falta de juicio á aislar su espíritu de las oraciones que ensarta, no viniendo á ser más que una máquina sagrada! Capaz es el arte humano de fabricar parecidos aparatos; y no quedaría Dios por ello menos loado, adorado y servido,

¿A qué acrecentar prácticas piadosas, si han de despeñarnos en la rutina y el desorden? Acojámonos al proverbio de San Francisco de Sales, que es tan práctico, «Poco

(1) *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me.*—San Mateo, 13-8.—(2) Domin. XVIII, post. oct. Trinit.—Sermón citado por monseñor Laudriot, *Femme pieuse.*—(3) Domin. XVIII, post. oct. Trinit.—Sermón citado por Laudriot; *Femme pieuse.*

y bien». Pocos actos, mas bien escogidos; pocos actos, pero bien ordenados: pocos actos pero vivificados de espíritu interior. Sobriedad, orden, reflexión en las prácticas son los últimos caracteres distintivos de la verdadera devoción.

Y ahora apartando los ojos de figuras terrestres, contemplemos, si á bien lo tenéis, celeste aparición.

## ARTÍCULO IX

### UN TIPO COPIADO DE LOS SANTOS PADRES

Llábase María. ¡María! Nombre profético de sus grandezas, de sus virtudes, de sus altos hechos, de sus legendarias proezas.

Fruto bendito de la vejez de dos santos, pertenecía á la decaída familia de los Reyes de Judá, y entroncaba por su ilustre sangre con los primeros herederos de las promesas divinas: Abrahám, Isaac, Jacob y Daniel eran sus abuelos.

Nació sin embargo, en la obscuridad, confundida con la anónima plebe, que esperaba el gran acontecimiento; sin figurarse que llegaría á tomar en él parte, á no ser por sus deseos respetuosos.

Todo estaba preparado para la venida del Mesías. Las profecías se habían cumplido, los movimientos de las antiguas naciones habían acabado. Judá había bebido hasta las heces el cáliz de sus dolores y pedía al cielo un consolador.

¿Quién hubiera pensado que la humilde hija de Joaquín y Ana sería madre de Dios?

Y era ella, no obstante, la escogida por el Señor. ¡Ella! La mujer fiel del primero de los oráculos, llamada á quebrantar la cabeza de la serpiente: virgen pura, anunciada por Isaías, concebía al Emmanuel: madre milagrosa, prevista por Jeremías, llevaría en sus santas entrañas al hombre por excelencia; fuerte Judit, amable Ester, salvaría á su pueblo de la muerte.

Sin dudar de nada de esto, no lo pretendía, cuando, niña aún, se presentó en el templo y consagró á Dios su alma y su cuerpo con voto de virginidad perpetua.

Cuando la razón de los niños duerme todavía, la suya estaba inundada de luces é irradiaba el gran deseo de ser toda para Dios.

Cabe el santuario inauguró su vida devota. Conversaba con los ángeles, mientras sonreía á sus compañeras; se unía á Dios con el corazón y el espíritu, mientras que con hábiles manos trabajaba para levitas y sacerdotes: leía los oráculos, esperaba, anhelaba, clamaba por el varón de las promesas, y solamente el Señor oía los clamores de su alma virginal. «Desplegad vuestro poder, oh Señor, decía con los profetas, y venid á salvarnos.—Mostrad vuestra faz adorable y miradnos; somos vuestro pueblo.—Rasgad los cielos y descended á nosotros.—Cielos, enviad vuestro rocío de lo alto, y que las nubes lluevan al justo.—Ábrase la tierra y germine al Salvador.—Venid, Señor, no queráis tardar.»

El Señor vino. ¿Movido por las lágrimas, los gemidos, las ansias y fervor de tan santa niña? ¿Cedía ya á las pias importunidades de los justos de la ley antigua, más apremiantes en boca de una jovencita, de mayor perfección que todos sus antepasados? Sí. Pero otra cosa le atraía aún más.

«El amado, rocío del cielo y saludable lluvia de la misericordia divina, el amado se complace en los lirios, esperando la venida del día y que las tinieblas se disipen (1). Un lirio comenzaba entonces á abrirse: su cáliz inmaculado, parecía pedir á los cielos el rocío divino por tanto tiempo suspirado; y los cielos se rasgaron, y del seno del Eterno Padre descendió el Verbo, y se ocultó amorosamente en el virginal seno de María hasta que lució el día de su gozosa manifestación: día que ahuyentó las sombras de aquella noche eternamente célebre en la historia.

(1) *Cantar de los cantares*, cap. IV.

Pero otra cosa le atraía aún más. Dios ama las profundidades y en pos de las de su excelsa naturaleza, hay una en la cual se complace soberanamente: la profundidad de la humildad. Como el sol calcina las orgullosas crestas que le desafían, y fecunda los humildes valles donde sus rayos convergen y se reconcentran. ¿Y qué valle fué nunca mejor preparado que el alma cándida y sencilla de María? Haciéndose párvula agradó al Altísimo: «*Cum párvula placui Altissimo*.—Concibió al Verbo por su humildad» (1).

¡Era humilde! Tan humilde, que en el templo estaba á las órdenes de todo el mundo. Tan humilde, que día y noche suplicaba á Dios la hiciese merced de servir á la que escogiera para madre del Mesías. Tan humilde, que tembló cuando el ángel la saludó llena de gracia y respondió.—«He aquí la esclava del Señor.»

Tan humilde que, fecundada por virtud divina, estimó en menos exponerse á las sospechas de su casto esposo que divulgar el secreto del Altísimo. Tan humilde, que Madre de Dios cantó su bajeza en inmortal cántico. Tan humilde, que contuvo, según la tradición, la filial mano de los apóstoles, dispuestos á relatar y ponderar sus glorias.

Y sin embargo su perfección es tan grande, que de Dios solo es privativo conocerla. (2) ¿De dónde se caba su humildad, esa humildad tan profunda? En medio de tantas glorias es un milagro, el milagro de los milagros, *miraculum miraculorum* (3). El Espíritu Santo había venido sobre ella. La virtud del Altísimo la envolvió con celeste sombra; era madre de Dios (4) y mejor que la esposa de los Cantares podía exclamar. «Mi amado para mí», *Dilectus meus mihi*, y añadir también «y yo para Él», *et ego illi* (5).

(1) *Virginitate placuit humillitate concepit*.—San Bernardo, Sermón I sobre el Evangelio, *Missus*. (2) *Tanta fuit ejus perfectio ut soli Deo cognoscenda reservatur*.—San Bernardino de Sena.—(3) *Unde tibi humillitas et tanta humilitas ó beata!*—San Bernardo, Sermón de la Asunción.—(4) San Lucas, cap. I. 35.—(5) *Cantar de los Cantares*, cap. II, v. 6.

Consagrada á Dios en la aurora de su vida, renovaba cuotidianamente su consagración, más con la firmeza de sus resoluciones, que con la renovación de las promesas generosas, dulces cadenas que la ligaban al amor y servicio exclusivos del Señor. Llamada al insigne honor de la maternidad divina, no pronunció su *fiat* sino á condición de no rescindir ninguna de sus ofertas, y de que su pudor virginal fuese por adorable misterio respetado.

Avecindada sobre toda criatura al autor mismo de la gracia por la plenitud de los dones recibidos, no los poseía más que para difundirlos. (1) Su amado era para ella y ella para el género humano. A través de valles y montañas, no corre, vuela á llevar á San Juan las primicias de la Redención. Con amor descubre á los pastores y reyes los misterios de la cueva y la amabilidad del niño Jesús. Recaba de su hijo bondadosa sonrisa en una manifestación del poder divino. Llena es de gracia, para sí misma; para nosotros, sobrellena. (2) Los cantores de su grandor han cantado sus piadosas liberalidades. Es, dicen, inagotable fuente, cuyos arroyuelos refrescan y reaniman almas áridas y espirantes; río de vida que cruza el mundo, derramando imperecedera fecundidad; océano inmenso del cual forma el calor divino esas nubes propicias, que á torrentes hacen descender á la tierra las bendiciones.

La Iglesia ha resumido tantos beneficios en esta invocación «madre de la divina gracia: orad por nosotros.»

Fué, otro sí, llena de benevolencia hacia nosotros. (3) «Sus oídos estaban siempre abiertos para percibir el bien: en cambio, no desplegaba sus labios á menos de tratarse de alabar á Dios ó de ser útil al prójimo.» (4) Amaba á los pecadores, los ponía en relaciones con su Hijo y pedía que

(1) Beata Virgo Maria tantam gratiae obtinuit plenitudinem ut esset propinquissima auctori gratiae; ita quod eum qui est plenus gratiae in se reciperet et eum pariendo quodam modo gratiam ad omnes derivaret. — *Summ. Theol.*, 3<sup>a</sup> part., quaest. 27, art. 5. — (2) Plena sibi; super plena nobis. — San Bernardo.

— (3) San Ambrosio. lib. II *Virginibus* (Citado por el P. Poiré. *Triple Corona*).

(4) Epifanía de Jerusalén. (*De institutione, vita et moribus Mariae* Ibid.)

les perdonase. Su misericordia sólo era inferior á la misericordia divina. Hoy, consumada la obra de la Redención, toma sin cesar gracias del infinito tesoro de los méritos del Salvador, para satisfacer su inagotable ternura y compasión. Bien conocida es de los pecadores, quienes para escapar de los golpes de la justicia divina, buscan refugio entre sus brazos. ¿Quién no ha oído esos conmovedores gritos, de «Madre de misericordia, refugio de pecadores, rogad por nosotros?»

Si Dios la autoriza para mandar á su Hijo es porque tenía muy bien probada su docilidad. Un día sintió murmurar en su corazón estas palabras del Salmista «Oye, hija mía, mira, inclina tu oído. Si quieres que el Rey de Reyes quede prendado de tu belleza, olvida á tu pueblo y á la casa de tu padre.» (1) María lo olvidó todo. Preceptos, consejos, avisos misteriosos, secretas inspiraciones, jamás la encontraron rebelde. Esclava del Altísimo, su obediencia no se vió superada sino por su fortaleza en la tribulación.

Sufría, viendo nacer á su Hijo en lugar vil y despreciado, en medio de oscura y fría noche, y envuelto en pobres pañales. Sufría, cuando, por sustraerse á los furros de prematura persecución, lo llevaba á través del desierto á un país infiel. Sufría, cuando enjugaba el sudor de su frente y besaba sus manos encallecidas por el trabajo de artesano, que lucha contra los inconvenientes de la pobreza. Sufría, cuando se iban cumpliendo las profecías, como para arrebatarsele cuanto antes una vida que le era tan amada. Sufría, cuando oía las amenazas de los fariseos y los sordos rumores del pueblo, pero sobre todo sufrió en pie, cabe la alzada Cruz! Jesús sentía subir la muerte á su corazón, y con voz fuerte, á pesar de sus tormentos, dirigió á su madre el adiós de su vida mortal: y su madre permanecía en pie. *St. abat mater*, en pie para contemplar mejor el trabajo

(1) Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam: et obliviscere populum tuum et domum patris tui; et con cupiscet rex decorem tuum. — Qs. 44.

de la justicia divina, en pie para recibir mejor toda la sangre que cayera de las abiertas llagas del Salvador, en pie para consentir mejor en su suplicio, en pie para unirse mejor á su martirio, en pie hasta que resonó el postrer grito que conmovió cielos y tierra.

Cuando todo esto acabó, cuando tuvo entre sus brazos los mutilados restos de su amor, chorreando sangre, su corazón se rompió, como se hace trizas el barco que se estrella contra una roca, y prorrumpió en amorosas quejas: «Hijo mío dulcísimo, ¿qué voy á hacer yo sin ti? Ya no te veré más entrar por mis puertas, cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más sentado á mi mesa comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad... ¡Oh Padre Eterno! ¡oh amador de los hombres, piadoso para con ellos y para con vuestro hijo riguroso! ¡Vos sabéis cuan grandes son las olas y tempestad de mi corazón. Vos sabéis que cuantos azotes y heridas ha recibido este santo cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazón. Mas con todo eso, yo la más afligida de todas las criaturas os doy gracias infinitas por este dolor. Bástame quererlo vos para que yo me consuele. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas también con ellos os bendigan.» (1)

Aunque fuerte en la prueba no fué de esas mujeres, cuyos arranques viriles admiran más que conmueven, y que pierden en sus amables gracias á medida que crece su ardimiento. «Sencilla y virgen de alma y cuerpo, sin fingimiento ni disfraz, nada altanero había en sus ojos, nada reprochable en sus acciones, nada libre en sus gestos, nada afectado en su aspecto, (2) y era sin doblez en sus propósitos.»

(1) Granada.—Parte de la Oración y meditación. Sábado por la mañana, cap. II.—(2) S. Ambros. Lib. II, *De Virginitibus*. (Citado por Poiré en su *Triple Corona*).

Alejada del fausto y la adulación, más que en la tierra vivía en el cielo; y se notaba esto en su compostura en la sencillez de sus vestidos, limpios si, mas sin otros adornos que la humilde lana de que se los hacía, Su ropa hubiéseis dicho, era la de la modestia en persona, armonizada con el decoro (1)

La dulzura y la majestad se daban en ella la mano. La dulzura forzaba á amarla. Su gravedad sumía el alma de cuantos la veían en una admiración respetuosa y veneranda. Afable para con todos por los encantos de su conversación, lo era sin embargo con una honestidad tan llena de pudor, que fácilmente se adivinaba en el color de su rostro la disposición interior de su alma. (2)

A ratos hablaba y á ratos callaba; (3) no siendo menos discreta en acciones que en palabras. Su alma, ganosa de la perfección divina, optaba por el santo reposo de la contemplación, llamado por N. Señor la mejor parte. Fué, no obstante, Marta sirviendo á su hijo, dice San Bernardo, No se limitaba á contemplar los encantos arrobadores de su hijo: le enseñaba también, dice un autor piadoso, á andar, á balbucir, á hablar. Con qué solicitud y amor le acostaba, le levantaba, le calentaba, le fajaba, le llevaba, le acompañaba, le seguía y le servía y hacía cuanto una madre hace con sus niños. ¿Quién jamás hizo algo por Dios con el cuidado y celo que esta madre incomparable desplegaba en los menores servicios que á su hijo dispensaba? (4) Aguila por la sublimidad de sus oraciones, era abeja á la par, cuidadosa y diligente en sus faenas domésticas.

Mientras que el espíritu farisaico multiplicaba alrededor de ella vanas observancias, su oración interna y reflexiva se abismaba en las perfecciones divinas donde su amor buscaba perpetuo alimento. (5) Descansaba su cuerpo, su alma vigilaba. El sueño, enemigo de nuestra activi-

(1) Epifania de Jerusalén. *De Institutione, vita et moribus Mariae*.—(2) *Ibid.*—(3) Abad Ruperto. Lib. II. *De gloriu et honore filii hominis*.—(4) Poiré.—*Triple Corona*. Tratado II, cap. 4.º—(5) *Oratio ejus penetratio Dei inmensa*.

dad y méritos no era parte á encadenar el libre curso de sus pensamientos. (1) Durante sesenta y tres años de santa vida oró sin la menor distracción; sus potencias se hallaban tan sabiamente reguladas que todas concurrían de admirable manera á sus contemplaciones inefables. (2)

Muerto su hijo, acompañaba sus oraciones con peregrinaciones piadosas. Visitaba frecuentemente la cueva de Belén, el Huerto de las Olivas, el Calvario, el monte desde el cual Jesús abandonó la tierra. Regaba con lágrimas los santos lugares, besaba con sus purísimos labios las venerandas huellas de aquel á quien había amado tanto. (3) «Comulgaba diariamente, y se preparaba para tan solemne acto con devoción, tan henchida de respeto y ternura, como si á repetirse fuera el misterio de la encarnación: (4) y así vivió hasta el momento en que el amor, quebrando los débiles lazos que á la tierra la unían, la llevó triunfante á la comunión eterna de los cielos.» «Tal fué María cuya vida de perfección incomparable debe servirnos de norma» (5).

Un torneo de elocuencia y amor peregrino han celebrado los SS. PP. para cantar sus virtudes. San Agustín es el justador de su fe, San Basilio de su virginidad, Clemente Alejandrino de su obediencia, San Juan Crisóstomo de su fortaleza, el Abad Ruperto de su paciencia, San Bernardo de su misericordia, San Bernardino de su humildad, Dionisio Cartusiano de su caridad. (6)

Yo, oscuro caballero entre tantos esclarecidos varones, admiro las proezas realizadas ea honor de mi Reina por cuantos me han precedido, pero con Santo Tomás de Aquino he querido volver por su *devoción* que fué perfección de su misma caridad y esplendor de todas sus virtudes.

(1) Et cum quiesceret corpus vigilaret animus. (San Ambrosio. Lib. II *De Virginitibus*.) —(2) P. Jeunesseaux, *Obra maestra de Jesucristo*. —(3) Sine dubio loca dominicae nativitatís, passionis, sepulturae et resurrectionis frequenter circumciens invisere cupiebat. In eisdem etiam locis la crymas fundebat, et sanctissimi oris sui oscula dulcissima imprimebat.—San Ildefonso. Sermón 5.º, La Asunción.—(4) P. Jeunesseaux. *Obra citada*. —(5) Talis fuit María ut ejus vita omnium sit disciplina.—San Ambrosio. Lib. II *De Virginitibus*.—(6) P. Jeunesseaux. *La obra maestra de Dios*, 2.ª parte, cap. VIII.

**Fin del tomo Primero**

## INDICE GENERAL DEL PRIMER TOMO

	Páginas.
Dedicatorias . . . . .	V
Prólogo. . . . .	VII
Capítulo preliminar de este libro. . . . .	1
I. Objeto y fin de los Seminarios. . . . .	1
II. Origen de los Seminarios.—Historia canónica. . . . .	8
III. Los Seminarios Conciliares y España: Concilios provinciales, Reales Decretos y Concordato de 1851. . . . .	13
IV. Disciplina Vigente de los Seminarios: León XIII y los Seminarios Pontificios de España. . . . .	23
V. Pío X y los Seminarios. . . . .	29

### PRIMERA PARTE

#### NOCIÓN DEL SACERDOCIO CATÓLICO

CAPÍTULO I.—I. De la dignidad Sacerdotal. . . . .	37
II.—Noción general del Sacerdote . . . . .	37
III.—Respeto del Sacerdote entre los paganos . . . . .	38
IV.—Ejemplos de veneración al Sacerdote . . . . .	40
CAP. II.—Concepto que formó del Sacerdocio y su dignidad el V. Tomás de Kempis . . . . .	43
« III.—El sacerdote según los SS. Padres . . . . .	46
« IV.—El sacerdote según las SS. Escrituras. . . . .	50
« V.—Los malos sacerdotes según las SS. Escrituras. . . . .	60
« VI.—El sacerdote y su dignidad, según el Derecho Canónico, la Teología Dogmática y la Historia Eclesiástica . . . . .	65
« VII.—Estado Eclesiástico. De la Jerarquía Eclesiástica . . . . .	79
« VIII.—An ex Christi institutione Ecclesia sit Societas Inaequalis . . . . .	82
« IX.—Grandeza del sacerdocio por sus beneficios. . . . .	84
« X.—La Consagración Sacerdotal según el célebre P. Monsabré . . . . .	95
« XI.—Del Sacramento del Orden . . . . .	117
ARTÍCULO I.—I. Noción, definición é Institución del Orden. . . . .	118
II.—Qué es Jerarquía Eclesiástica. . . . .	119